

EL TRUENO.

El trueno del Sinaí.—Los preceptos divinos.—Los mártires delante de sus jueces.—El trueno del Evangelio.—Jesucristo comparado al trueno.—Los hijos del trueno.—El trueno y la lluvia.

I.

QUIÉN de nosotros al oír estallar el trueno no piensa luego en la voz del Señor, de la cual se nos dice en el libro de los salmos. “El Señor habla por medio de los vientos y de las tempestades: este Dios de magestad hace resonar el trueno terrible de su voz en la extension de las aguas. Esta voz poderosa nos da á entender la grandeza del que la profiere. Troncha los más altos cedros, y aunque sean los del Libano, los hace pedazos y saltan sus astillas como brincan en el mismo monte los becerrillos y los hijuelos de los unicornios. La voz del Señor lleva en sí una llama impetuosa y extiende el asombro hasta los desiertos.”<sup>1</sup> Entonces nos parece que los retumbos del trueno no son á nuestros oídos mas que un eco débil de aquella palabra omnipotente cuyo soplo conmueve la naturaleza y basta para reducirla á polvo. Al ruido del trueno acompañaba el Señor la voz que dirigía á su pueblo por boca de Moisés; y así como en un concierto la voz humana se va mezclando con la armonía de los instrumentos, así también podemos decir que sobre la montaña del Sinaí se confundían los truenos y la voz de aquel caudillo para formar una sola palabra: esta palabra era la de Dios dictando sus mandamientos al pueblo que había escogido.

II.

El trueno sale de la nube al mismo tiempo que se anuncia por el relámpago.

<sup>1</sup> Ps. XXVIII.

Ya hemos visto que en el lenguaje de la Escritura Santa, las nubes nos simbolizan á los predicadores del Evangelio. Pues veamos ahora, “cómo estas nubes, según dice San Agustín, en su rápido curso al rededor del globo nos van arrojando en su tránsito el relámpago y el trueno...” El relámpago, lo hemos dicho hace poco, es el milagro que se junta á la predicacion de la divina palabra; el trueno no es mas que el eco del precepto que resuena en el oído del pecador espantado.<sup>1</sup>

“La voz de este trueno—exclama David—hace temblar á vuestros enemigos; oh Dios mio! *Avoce tonitruum tui formidabunt.*”<sup>2</sup>

Y en efecto—sigue hablando San Agustín—reflexionemos cuál era la palabra de los mártires comparada con la de los emperadores. Estos daban sus órdenes al universo entero, mas cuando los mártires eran llevados á su presencia, el trueno fulminaba por la boca de estos valerosos atletas los preceptos de la Ley divina, y los emperadores temblaban en sus tronos.”<sup>3</sup>

III.

Si Dios en la ley antigua hablaba á los hombres en medio de los truenos para figurar la severidad de sus preceptos divinos, ¿no sería muy natural que al publicarse la nueva ley del Evangelio, omitiese Jesucristo aquellos truenos y no emplease más lenguaje que el del amor?

Pero San Ambrosio nos advierte “que el Evangelio tiene también sus truenos, con los cuales se propone dominar y vencer todas las pasiones humanas que conservaba la ley mosaica.”

“Esta ley, por ejemplo, maldecía la esterilidad y permitía la poligamia: el Evangelio hace oír su trueno á los hombres, el trueno que manda la continencia y la pureza sin mancha.”

“Aquella ley decía: Ojo por ojo, diente por diente, enseñaba á amar á aquellos que nos aman, y á odiar á nuestros enemigos:—El trueno del Evangelio anuncia los preceptos de la caridad perfecta: Amaos los unos á los otros; amad á vuestros enemigos.”<sup>4</sup>

“La predicacion evangélica—prosigue San Gregorio—es semejante al trueno, tantas cuantas veces inspira á las almas los santos terrores del juicio de Dios.”

“En medio de la vida disipada y mundana que llevamos, olvidándonos fácilmente de nuestros principales deberes y preocupados solo con la idea de nuestros intereses y comodidades, nos hemos dejado conducir á la más culpable indiferencia; necesitamos, por lo mismo, que el trueno de la palabra santa se haga escuchar en nuestros oídos, que sacuda nuestro en-

<sup>1</sup> In Ps. LXXVII, 20.

<sup>2</sup> Ps. CIII, 7.

<sup>3</sup> In ps. CIII, serm. 2.

<sup>4</sup> S. Ambr. Com. in cap. X. Apocal.

“torpecimiento y que incesantemente nos esté presentando á los ojos el recuerdo de nuestro último fin.”

“Mas nada habremos conseguido con que este trueno hiera nuestros oídos si nuestro corazón permanece insensible. Vos solo, ¡oh Dios mio! por medio de vuestra gracia que es omnipotente, podeis hacer que penetre hasta mi corazón y no quede como hasta aquí tocando únicamente mis sentidos. Vos solo, siguiendo la expresión del Apóstol, podeis abrir las puertas á esas palabras que anuncian los misterios de Cristo; porque Vos solamente sabeis los caminos que la han de conducir á nuestro corazón.”

“Por esto sin duda—continúa San Gregorio—ha podido decir el Santo Job: “¿Quién, pues, exceptuando á Dios, sabe dirigir los caminos del trueno? ¿Quis dedit, viam tonitruui?”<sup>3</sup>

#### IV.

Aun el mismo Jesucristo puede ser figurado por el trueno: este pensamiento es de San Gregorio,<sup>4</sup> quien dice: “Así como el trueno resulta del choque de dos nubes que se encuentran, así también la encarnación del Verbo vino á ser el foco donde vinieron á reunirse todas las profecías que se dirigían á anunciar su venida.”

Pues ciertamente, aquel de quien el Profeta había dicho: “que no daría clamor alguno, *non clamavit*,”<sup>5</sup> aquel que callaba delante de sus verdugos, supo tomar una voz de trueno para reprender á los traficantes del templo, á los escribas y á los fariseos; y un día que Él hablaba á la multitud, ésta, dice el Evangelio, creyó que la voz de Jesús había sido un trueno. *Turba dicebat, tonitruum esse factum.*<sup>6</sup>

¡Oh Jesús mio! yo no quiero ser del número de aquellos á quienes dejes oír vuestros terribles truenos... Habladme, Señor, habladme con vuestra más dulce voz y os obedeceré con la mayor alegría.

#### V.

El Evangelio nos dice que los Apóstoles Santiago y San Juan su hermano, fueron llamados por Jesucristo “hijos del trueno.”<sup>7</sup>

San Juan Crisóstomo nos da la razón de esto, diciéndonos: “Que estos dos apóstoles debían hacer resonar hasta las estremidades del mundo los preceptos de la divina palabra.”<sup>8</sup>

<sup>1</sup> Colos. IV, 3.

<sup>2</sup> S. Greg. Moral. XXIX, 24.

<sup>3</sup> Job XXXVIII, 25.

<sup>4</sup> Greg. Mag. loc. cit.

<sup>5</sup> Isai. XLII, 2.

<sup>6</sup> S. Joan XII, 29.

<sup>7</sup> Marc. III, 15.

<sup>8</sup> Cat. aurea. in loc. cit.

Pero este hermoso nombre no pertenece solamente á los dos hijos del Zebedeo, según dice San Ambrosio, sino que debe aplicarse á todos aquellos que son verdaderamente fieles. Una vez decía: “Queréis todos vosotros ser hijos del trueno? pues tened entendido que el trueno viene de las alturas del cielo y no de los abismos de la tierra: así es que podeis tomar vuestro vuelo partiendo no de la tierra, sino de la altura del Cuzon de Jesucristo sobre el cual podeis recostar vuestra cabeza como San Juan.”

El trueno conmueve el mundo, que permanece sordo á todo ruido. Procuremos ser indiferentes sin dejarnos conmover de las cosas terrenas: antes por el contrario, hollemos la tierra y hagámosla temblar con nuestra presencia.”

“El trueno ha escogido su mansion en los cielos y no hace más que tocar la tierra hiriéndola suavemente. Vosotros nunca permitais á la tierra que llegue á poseer algo de vuestra corazón. Haced que vuestro espíritu domine vuestra carne; que ésta jamás tenga imperio sobre el espíritu, sino que vencida por él, le esté siempre sumisa: entonces si llegareis á ser partícipes de la naturaleza del trueno é imitadores de vuestro Maestro Jesucristo, de quien merecereis que os llame “hijos del trueno” para distinguirlos como á sus amados discípulos, Juan y Santiago.”<sup>1</sup>

#### VI.

Hablándonos del Señor, el Profeta Rey dice, que El sabe cambiar los rayos en lluvia. *“Fulgura in pluviam fecit.”*<sup>2</sup>

¡Oh! ¡qué consolador es este pensamiento! El trueno estalla y luego tembláis—dice San Agustín—pero en seguida viene la lluvia y entonces se regocija el corazón. ¡Oh Dios mio! Si el trueno de vuestra palabra me aterra, es para que se abra mi corazón á las lluvias celestiales de la gracia. Haced que retumben vuestros rayos aun cuando me espante, porque Vos sois justo y yo he pecado; pero no olvides que despues de los rayos de vuestra justicia, vengan á inundar nuestro corazón las lluvias abundantes de tu misericordia.”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> S. Ambr. Com. lib. VI, in Evang. Luc. cap. XI.

<sup>2</sup> Ps. CXXXIV, 7.

<sup>3</sup> In Ps. CXXXIV, 13.

ordinariamente nos designan las Santas Escrituras como la mansión del Altísimo. . . . Por eso decimos: Padre nuestro, que estás en los cielos. . . .

Y sin embargo, estamos muy lejos de decir que su divina presencia se esconde de la tierra. "Si subiese al cielo—exclama el Rey Profeta—allí os encontraría: si penetrase hasta el centro de la tierra allí también os hallaría." <sup>1</sup>

Escuchemos ahora al Profeta Isaias: "El cielo—nos dice—es el trono de Dios y la tierra la peana de sus pies. *Cælum sedes mea; terra autem scabellum pedum meorum.*" <sup>2</sup>

La tierra es la peana donde Él pone sus plantas: por eso cada criatura lleva impresa su divina huella, y por lo mismo también cada una de ellas es un indicio que nos conduce á Dios.

Os doy gracias Señor, por haberos revelado tan claramente á la tierra, hasta haber fijado en ella vuestras sagradas plantas: y así como el paso trazado sobre la arena nos hace venir en conocimiento de la persona amada, así también en cada objeto creado no buscamos ni amamos otra cosa más que vuestras huellas divinas; y siguiendo el ejemplo de David, os adoraremos como él por todos los lugares de la tierra donde habeis dejado impresas las huellas de vuestras sagradas plantas. *Adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.*" <sup>3</sup>

El cielo es el trono de Dios y la tierra la peana de sus pies. Mas el día en que vino á realizarse de una manera más especial esta palabra, fué aquel en que el Verbo divino, sin descender de su trono, se encarnó en el seno de María y vino á habitar entre nosotros.

¡Oh tierra de Belem, tú veniste á ser la peana de un Dios recién nacido! ¡Tierra de Judá tú fuiste el cielo escogido por Él para ser hollada por sus sagradas plantas! ¡Tierra venerada de nuestros templos, tú eres también la peana hasta donde se humilla lleno de amor el Dios de la Eucaristía!

#### IV.

El hombre siembra confiando la semilla en la tierra, pero las condiciones de ésta son las que generalmente determinan el fruto que aquella debe producir: si la tierra es mala la semilla nada produce; pero si la tierra es buena la simiente da un fruto centuplicado.

Jesucristo en su Evangelio trae una parábola, en la que compara con la tierra buena, el corazón bueno y perfecto que escucha y guarda dentro de sí la semilla de su divina palabra.

Por esto dice San Gregorio, "que la tierra simboliza en la Sagrada Escritura á la Santa Iglesia establecida por Jesucristo en este mundo, y que "dócil á la predicación de su divina palabra, lleva consigo el fruto centu-

<sup>1</sup> Ps. CXXXVIII, 8.

<sup>2</sup> Is. LXVI, 1.

<sup>3</sup> Ps. CXXXI, 7.

## LA TIERRA.

La tierra fué creada después del cielo.—La tierra glorifica el nombre del Señor.—El Escabel de Dios.

—La Iglesia es la buena tierra.—

El cuerpo del hombre.—Los pecadores.—El seno de María.—La Encarnación.

**A**L principio creó Dios el cielo y la tierra. *In principio creavit Deus cælum et terram.* <sup>1</sup>

"Así como el cielo—dice San Agustín—es el símbolo de las potestades invisibles y de las criaturas espirituales, así también la parte inferior del mundo, esto es, las cosas visibles y carnales están simbolizadas por la "tierra." <sup>2</sup> Dios creó primeramente el cielo y después la tierra.

#### II.

Pero la tierra también fué sacada de la nada, lo mismo que el cielo, para cantar la gloria del Altísimo; y mientras las potestades invisibles de los cielos celebran eternamente su nombre, "este mismo nombre—dice el Rey Profeta—"llena de admiración toda la tierra. *Domine Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra.*" <sup>3</sup>

¡Oh concierto verdaderamente magnífico, en que el cielo y la tierra se corresponden y cantan su himno al Creador! ¿y qué hombre por insensato que sea, rehusará unir su voz á vuestra sublime y universal armonía?

#### III.

Mas porque el cielo está sobre la tierra, y porque él nos revela con más poderosa voz la Magestad divina, es, como acabamos de ver, el lugar que

<sup>1</sup> Gen. I, 1.

<sup>2</sup> Gen. ad lit. lib. imp.

<sup>3</sup> Ps. VIII, 2.

“plicable de las buenas obras. *Quid terræ nomine nisi sancta Ecclesia dicitur, quæ dum verba prædicationis suscipit, fructum boni operis reddit.*”<sup>1</sup>

V.

Dios ha formado al hombre del limo de la tierra, queriendo así deprimir su orgullo. Este cuerpo que nos es tan querido; este cuerpo cuya belleza nos encanta, cuyos intereses nos absorben y cuyas concupiscencias nos arrastran; este cuerpo no es más que un poco de tierra. La Santa Escritura nos trae con frecuencia á la memoria esta saludable verdad. Tierra y polvo, ved aquí como nos pinta al hombre. “Acuérdate—le dice—que eres polvo y que en polvo te convertirás:” y en otra parte: “Por qué se ensoberbece la tierra? *Quomodo superbit terra?*”<sup>2</sup>

Dios inspiró la vida sobre el limo de tierra de que formara el cuerpo del hombre, y entonces el hombre vino á poseer una alma viviente. “*Factus est homo in animam viventem.*”<sup>3</sup>

Así es que el alma tiene un origen y una naturaleza verdaderamente celestial, mientras que el hombre solo por su cuerpo, permanece ligado á la tierra: mas cuando “este cuerpo corruptible agrava el alma, ésta abate su entendimiento”<sup>4</sup> y así envilecida, dice la Escritura, no simboliza otra cosa más que al pecador.

## VI.

Después que el hombre hubo pecado, le dijo Dios: “Tú eres tierra y volverás á la tierra.” San Agustín, hablándonos del pecador arrepentido y penitente, dice que David nos lo pinta con estas palabras: “Extremecisteis esta tierra poniéndola extremadamente consternada: ahora, Señor, acabad de soldar sus quebraduras y restablecedla de sus terribles sacudimientos.”<sup>5</sup>

¡Ay de mí! Los pecados del hombre ¿han tenido acaso otro principio que su apego á la tierra y á todas las cosas terrestres? Como somos tierra nos inclinamos á todo lo que es terrenal, y entonces nuestra alma se mancha con el pecado. Si amáramos á Dios como debíamos, amaríamos muy poco lo de aquí abajo, y si no amamos el cielo, es porque amamos demasiado la tierra. Todas estas doctrinas de la moral cristiana las compendió el Apóstol San Pablo en estas palabras: “Buscad lo que está arriba, gustad de lo que está en alto, y no de lo que está sobre la tierra. *Quæ sursum sunt querite, quæ sursum sunt sapite non quæ super terram.*”<sup>6</sup>

<sup>1</sup> Moral. XVII, 25.

<sup>2</sup> Eccli. X, 9.

<sup>3</sup> Genes. II, 7.

<sup>4</sup> Sap. XI, 15.

<sup>5</sup> Ps. LIX, 4.

<sup>6</sup> Colos. III, 1.

“Mas ¿cómo llegaré; oh Señor! á desprenderme de las cosas de la tierra y descargarme del peso que me oprime para poder volar...? Vos mismo me lo habeis enseñado, cuando dijisteis: “Cuando fuere levantado de la tierra, todo lo traeré hácia mí.”<sup>1</sup> Esto me da á entender que solo la cruz es la que puede desprenderme del mundo, y que por la cruz únicamente podemos llegar al cielo. Atraedme desde luego hácia vuestra Santa Cruz para elevarme hasta Vos, hasta el cielo donde reináis. Atraedme y correré hácia Vos.”<sup>2</sup> *Trahe me post te.*<sup>3</sup>

## VII.

Así como el cuerpo del primer hombre fué formado del limo de la tierra, así también la carne adorable del divino Salvador fué tomada del seno de María.

Este seno purísimo de la Virgen Inmaculada, donde “no tuvo horror de entrar el Verbo Divino”<sup>3</sup> para servirme de las mismas expresiones de la Iglesia, era de la misma naturaleza y fué formada de la misma tierra que Adam. Veamos ahora en qué sentido interpreta San Agustín estas palabras del salmista. “La verdad renacerá en la tierra y atraerá sobre sí los ojos misericordiosos de la divina justicia. *Veritas de terra orta est: et justitia de celo prospexit.*”<sup>4</sup>

“Cuál es esa verdad—dice este Santo—sino el Hijo de Dios? ¿Y cuál es esa tierra de donde ha nacido sino la carne de la Virgen Santísima? Para que la justicia dirigiese sus mirades desde el cielo, es decir, para que los hombres fuesen justificados por la divina gracia, era necesario que la verdad brotase de la tierra, esto es, que Jesucristo naciese de María. Porque ¿cómo nos hubiera justificado de nuestros pecados si no hubiera ofrecido por nosotros el sacrificio de su pasión y de su cruz? ¿Ni cómo hubiera cumplido este sacrificio sino hubiera muerto? ¿Ni cómo hubiera muerto sino hubiera tenido una carne semejante á la nuestra? ¿Ni cómo, en fin, se hubiera revestido de esta carne mortal si la verdad no hubiera salido de la tierra? *Veritas de terra orta est.*”<sup>5</sup>

## VIII.

La carne de Jesucristo salida de esta tierra que es María, es de una misma naturaleza con la carne de esta Virgen. Siendo ella tierra en tanto que concibió y formó el cuerpo de Jesucristo, se une en una misma persona á su divina naturaleza, y en este sentido—dice San Agustín—<sup>6</sup> podemos asegurar que es permitido al hombre adorar esta tierra que es Dios.

<sup>1</sup> Joan XII, 32.

<sup>2</sup> Cant. I, 3.

<sup>3</sup> In Hym SS. Amb. et Aug.

<sup>4</sup> Ps. LXXXIV, 12.

<sup>5</sup> In Ps. LXXXIV, 13.

<sup>6</sup> In ps. XCIII, 9.

¡ Oh misterio inefable pero misterio lleno de sabiduría y de bondad al mismo tiempo ! ¡ qué fecundo en grandes é importantes lecciones ! Hablando de él San Teófilo, nos dice : " Que es propio y conveniente al gran- de artista no emplear siempre en sus obras los metales más preciosos, si- no que muchas veces le basta un poco de barro amasado por sus manos, para que se admire su talento. Pues así tambien el Artífice divino, que es el Verbo, no quiso usar de elemento alguno precioso y escogido para formarse un cuerpo sobre humano y céleste, sino que le bastó un poco de barro para manifestar toda la magnificencia y toda la grandeza de su saber." <sup>1</sup>

Por virtud de este misterio vemos que Jesucristo ha reunido todo en su adorable persona, uniendo los extremos más opuestos, Dios y el mundo.

A la luz de este mismo misterio podemos sondear los abismos profundos de la humildad de un Dios : y por último, podemos contemplar en él igual- mente que la naturaleza creada fué elevada á una sublimidad sin semejan- te, cuando este mismo Dios, revistiéndose de una poca de tierra, vino á divinizarla en su adorable persona.

Pero sobre todo, en el misterio de la Encarnacion es donde el hombre aprende á conocer toda su grandeza . . . Salido del seno de la tierra, ve- geta sobre su superficie unos cuantos días y despues tiene que volver á ella, porque en la tierra tiene cabado su sepulcro. Dios ha tomado su cuerpo de la misma tierra de que fué formado el nuestro, y no tomó esta tierra sino para unirse á nuestra naturaleza más estrechamente con ligaduras frater- nales. Él no se hizo hombre sino para que nosotros llegáramos á ser dio- ses : no descendió hasta nosotros sino para que nos elevásemos hasta Él. ¡ Oh prodigio de bondad ! La gloria que circunda el cuerpo de Jesucristo allá en el cielo, reflectará sobre nuestros cuerpos, y la humilde tierra de donde ellos se formaron participará eternamente de incommensurables gran- dezas.

Así es, Señor, que meditando en vuestra presencia sobre esta vil mate- ria que ajan mis piés, siento elevarme poco á poco hasta la contemplacion de mis destinos eternos. Os doy gracias, Dios mio, porque me habeis he- cho pasar de ese extremo de bajeza á esa altura infinita reunidas por Vos mismo en vuestra adorable persona, tocando así de un término á otro con fuerza y suavidad. <sup>2</sup> *Attingit ergo a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*"

1 Ephes. Sinod.  
2 Ps. XCIV, 4.

que sube hasta la cima del Monte Oreb ; y si Dios pretende establecer el reino de David, destina para su trono la montaña de Sion.  
Apenas Maria habia concebido en sus purísimas entrañas á su divino Hi- jo Jesus, cuando se levantaba é iba presurosa atravesando la montaña de Judca para visitar á Santa Isabel. Cuando Jesucristo comienza su vida apos- tólica elige la cima de un monte para hablar por primera vez á la multitud. Despues conduce El mismo á tres de sus más caros discípulos hasta la ci- ma del Tabor, donde se transfigura delante de ellos. Los preciosos de su pasion santísima tienen lugar en el monte de los Olivos, donde se entrega á la vigilancia y á la oracion ; muere sobre la cima del Calvario, y cuando se acerca el momento de su gloria, se eleva sobre la montaña de Sion.  
**LAS MONTAÑAS.**

Cerca del cielo y encima de la llanura.—Los hechos divinos sobre las cumbres de las montañas.—La Iglesia.—Jesucristo.—Los ángeles, los profetas y los apóstoles.—Las montañas y las colinas.—La con- templacion.—El demonio.—Las potestades del siglo.—El Tabernáculo Eucarístico.

I.

**L**EVANTEMOS los ojos á la altura de las montañas : ¿ no es verdad que sus cimas se adelantan más allá de las nubes, y que cuando subimos á ellas con trabajo nos parece que emprendemos el camino del cie- lo ? ¿ No es verdad tambien, que á la vez que vamos subiendo, nuestros corazones se elevan y nuestra boca quiere repetir aquellas palabras de Da- vid ? " Extendió el Señor su dominio hasta los remotos confines de la tier- ra y hasta las más altas cimas de los montes. " *Quia in manu ejus sunt omnes fines terræ, et altitudines montium ipsius sunt.*" <sup>1</sup>

Verdad es que ellas nos acercan al cielo elevándonos sobre la tierra que dominan, y lo que pasa en sus alturas llama fuertemente la atencion de los hombres.

El Señor dijo á Moisés : " Mira y obra, segun el ejemplo que se te ha manifestado en la montaña." <sup>2</sup>

II.

Es muy digno de considerarse, pues llama mucho la atencion que los su- cesos más importantes de nuestra religion hayan pasado sobre las cimas de los montes. " Cuando sin auxilio de mano alguna se eleva el Arca de Noé, observa San Jerónimo, que Jesucristo, que es la montaña por excelencia, se eleva sobre los apóstoles, que son las montañas que se elevan sobre la tierra." <sup>3</sup>

El Arca de Noé, despues del diluvio, se detiene sobre un monte, de la Armenia ; si Jehová quiere dictar sus leyes á Moisés, lo hace sobre la cum-

1 Ps. CXX, 1.  
2 Exod. XXXV, 40.